

La Meditación de Azorín (Filología y ética del texto)

Francisco José Martín

A María Martínez del Portal

Meritoria es, sin duda, la labor de fijar los textos de un autor. Meritoria es, también, la de organizarlo en un corpus. No cabe, al respecto, vacilación o recelo. Son operaciones imprescindibles, pues de ellas depende en buena medida la suerte del autor. No de su figura histórica, pues ésta está indefectiblemente ligada al pasado y no podrá ser ya más que pasado, sino de la vigencia y eficacia de su legado. Del corpus, de la organización textual que es, se alza una precisa silueta del autor, no con valor trascendente, desde luego, sino para el tiempo en curso. Es el espíritu del tiempo el que configura el corpus, son sus criterios y sus razones los que dan forma y figura, los que se imponen sobre la obra dispersa o los que exigen nueva forma al orden textual preexistente. Es, pues, en primer lugar, exigencia del tiempo. Pero es también, indudablemente, capacidad de la obra para responder a la renovación de exigencias que el tiempo, en su transcurrir incesante, va planteando. Cambia el paso del tiempo los escenarios de la acción, y las obras, para conservar, o ganar, vigencia y eficacia, deben encontrar una forma nueva capaz de favorecer el despliegue de sus máximas potencialidades en el nuevo espacio del tiempo nuevo. Del nuevo equilibrio que logren dependerá su fortuna. Obras hay que se pierden en el tiempo por no lograr acompasar su forma al sucederse de los cambios. También las obras deben, pues, buscar permanentemente su forma adecuada, algo así como un renovado intento de estar siempre en forma, lo cual tiene su reflejo en el grado de adecuación del corpus al devenir de los tiempos.

Esta forma externa del corpus no depende sólo, obviamente, ni de la fuerza del tiempo ni de la capacidad de la obra de acompasarse a sus cambios. Tienen

Cómo citar este artículo:

Martín, F. J. (2005). La meditación de Azorín. (Filología y ética del texto). *Revista de Estudios Orteguianos*, (10/11), 7-32.
<https://doi.org/10.63487/reo.655>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 10/11. 2005
mayo y noviembre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

también las obras una forma interna cuya voz debe ser escuchada en la configuración general del corpus de un autor. Desatenderla significa traicionar la intimidad y el espíritu del legado, vaciarlo de un sentido que le es propio. Original y primigenio. Irrenunciable. No es el autor –aunque nuestro tiempo, tan sensible al culto de la personalidad, así nos lo haga aparecer– quien confiere unidad a la obra, sino la forma interna que la recorre y atraviesa. La forma interna es la relación natural que los textos, en su devenir textual, establecen con el resto de la obra. Es el conjunto dinámico de relaciones que une unos con otros, en su génesis, conformación y desarrollo. Es la comunidad que establecen entre ellos. El horizonte y límite comunes que instauran. El corpus es otra cosa, desde luego, pero si no es capaz de alojar esta comunidad de los textos estará abocado al fracaso. Si no acoge la forma interna no será capaz el corpus de hacer escuchar su voz con la autoridad propia de los clásicos, sino que lo hará con la voz prestada de los imperativos de la moda. Y esto es un indudable desvío que será después necesario, y no fácil, corregir.

No hay, por otro lado, absolutos textuales, sino sólo imperfectas ediciones que intentan aproximar un horizonte textual siempre inalcanzable, en equilibrio siempre entre lo efectivo-concreto y las intenciones desplegadas, entre el ser y el querer-ser de los textos, entre la realidad, en fin, y el deseo. Y tampoco hay, pues va de suyo, *corpora* que, sin menoscabo, puedan afirmarse más allá de su tiempo. Sin menoscabo del tiempo y, sobre todo, claro está, del legado del que son portadores. No sólo de industria y de mercado, pues, se trata en la multiplicación de ediciones, sino, muy principalmente, de la imperiosa necesidad que tiene cada tiempo de alzarse y asentarse frente al pasado, apropiándose de él y estableciendo su propia medida de las cosas.

Las recientes *Obras completas* de Ortega editadas por el Centro de Estudios Orteguianos¹ responden eficazmente a estas consideraciones iniciales. Son la respuesta adecuada a las exigencias de nuestro tiempo, y desde ellas podrá Ortega, cuando se complete su publicación, acaso, en lo que es un deseo difuso dentro del orteguismo, afianzarse mejor tanto en el contexto filosófico europeo del siglo XX, en lo que ya es historia de la filosofía, como en el despliegue de su actualidad y de su clasicismo en el momento presente y de cara al futuro².

¹ José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, tomos I (1902-1915) y II (1916), 2004, tomo III (1917-1925), 2005; salvo indicación contraria, todas las referencias que se hagan en el curso de este estudio a las *Obras completas* de Ortega siguen esta edición. El número en romanos indica el tomo, y el arábigo, la página.

² Me permito en propósito reenviar a mis trabajos “El cuerpo textual de Ortega” y “De la edición del texto filosófico hispánico”, ambos en *Revista de Occidente*, 285 (febrero 2005) y 273 (febrero 2004), así como a “Editar a Ortega”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, 7 (2003).

El corpus que saldrá de ellas, cuando se complete su publicación, será nuestra imagen de Ortega, la instantánea que nuestro tiempo ha logrado fijar de él. También será, en cierto modo, la imagen de nuestro tiempo, y aun, si cabe, nuestra propia imagen, pues llevará como reflejos nuestro propio tiempo y nuestra misma acción. Ésta, aun siendo efectivamente de otros, en cuanto contemporáneos es también nuestra.

Junto a esta labor necesaria, encomiable, es importante también llevar a cabo una investigación adecuada sobre la forma interna que se despliega en la obra orteguiana. La forma interna, como queda dicho, sólo depende del tiempo en la medida de las capacidades que tenga éste para descubrirla y, consiguientemente, para hacerla explícita y operativa dentro del corpus correspondiente. El corpus acoge siempre, o debería, una forma interna, o mejor, un estado de la investigación sobre la forma interna. Así también la reciente edición de las *Obras completas* de Ortega, pues con rigor y firmeza se levantan sobre el estado actual de las investigaciones orteguianas.

La investigación de la forma interna abre, sin embargo, a un orden de problemas distintos a los que marcan el ritmo y desarrollo del trabajo editorial de configuración del corpus. Es ésta una indagación no en las coordenadas del tiempo presente, sino sujeta a los ejes del espíritu del tiempo propio del texto en examen. Se constituye un poco a contracorriente y tiene que vencer no pocas resistencias. Más que la fijeza y forma definitiva de los textos, le interesa su movilidad en el tiempo, la precariedad de sus estadios intermedios, su circunstancial ofrecimiento, su forma inacabada, imperfecta. Persigue la dinámica de los textos, su trabazón en una mecánica más amplia, con otros textos, también, como ellos, en movimiento. Suele parecer, a veces, una operación impropia, acaso involutiva, un paso atrás, pues debe vencer fuertes obstáculos, empezando, a veces, por el propio autor, y romper formas arraigadas, desde largo consolidadas como tales formas en el corpus. Sin embargo, este tipo de investigación acaba dando una luz nueva que revierte fructuosamente en el esclarecimiento y potenciación del corpus.

Uno de estos casos lo constituye la Meditación de Azorín (“de”, y no “sobre”, por la misma razón que se esconde tras las más famosas de la serie, que no es “sobre”, sino “del” *Quijote*). Pertenece la Meditación de Azorín al núcleo invariable del proyecto general de las Meditaciones orteguianas. Fue éste un proyecto fallido y frustrado que, como tal proyecto, se gesta y se desarrolla entre los años de 1912 y 1915, y del que sólo llegó a publicarse *Meditaciones del Quijote*, que, como se sabe, es el primer volumen de un libro de dos, según consta en la contraportada de la primera edición, y el segundo de ellos, que debía contener aún dos meditaciones cervantinas, no

vio nunca la luz. Se ha repetido a menudo, siguiendo en ello al propio Ortega³, que alguna que otra meditación de aquel proyecto vería la luz después, a veces con un título distinto. Sin embargo, esto sólo en parte corresponde al efectivo acontecer editorial orteguiano, pues aunque es cierto que Ortega publicó algunos textos que podrían ser reconducibles a los títulos incluidos en el proyecto de las *Meditaciones*, no deja de ser cierto por ello que tal proyecto, en cuanto tal, tras la experiencia de *Meditaciones del Quijote*, careció de seguimiento.

El proyecto había nacido dentro de la prestigiosa editorial Renacimiento, de Gregorio Martínez Sierra, pero la idea naufragó en seguida, como prueba la carta de Azorín a Ortega del 24 de abril de 1912: “Me dice Baroja que ha roto usted con Renacimiento. Creo que su folleto debería ser hecho por inscripción entre los amigos”⁴. ¿A qué folleto se refería Azorín? ¿Cuál era entonces esa meditación acaso ya preparada para ser publicada? ¿Acaso la de Baroja? El proyecto editorial pasaría después a las Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, dirigidas por Juan Ramón Jiménez, pero tampoco allí tendría, a la postre, mejor fortuna. En cualquier caso, la Meditación de Azorín pertenecía al corazón mismo del proyecto orteguiano, como prueba el lugar preferente que ocupa siempre en los borradores del proyecto que se han conservado⁵. Es siempre una de las primeras meditaciones, y conserva invariable el título de “Azorín: primores de lo vulgar”.

En la contraportada ya aludida de *Meditaciones del Quijote*, donde Ortega daba noticia pública de su proyecto editorial, la Meditación de Azorín se anuncia como “En prensa”. No se anuncia “En preparación”, como otras siete de la serie, sino ya “en prensa”, es decir, acabada, concluida y componiéndose para ser efectivamente publicada. *Meditaciones del Quijote* se terminó de imprimir el 21 de julio de 1914. ¿Cuál era, pues, entonces, la Meditación de Azorín que se estaba anunciando en la contraportada de *Meditaciones del Quijote*?

³ Vid. el “Prólogo-conversación” con Fernando Vela incluido en *Goethe desde dentro* (1932), en *Obras completas*, vol. IV. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1983, pp. 384-385.

⁴ Las cartas de Azorín a Ortega se conservan en el archivo de la Fundación José Ortega y Gasset; de ellas dio parcial noticia Magdalena Mora en su “Huellas de Azorín en el archivo José Ortega y Gasset. (A propósito de unas cartas azorinianas)”, *Anales Azorinianos*, 4 (1993), pp. 183-196.

⁵ Vid. los apartados relativos a *Meditaciones del Quijote* y a “Una primera vista sobre Baroja (Apéndice)” incluidos en las “Notas a la edición” correspondientes a los tomos I, 941-943, y II, 842-843, respectivamente. Pueden verse otras listas y borradores en J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones sobre la literatura y el arte*, edición de Inman FOX. Madrid: Castalia, 1988, p. 29; J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, edición de Paulino GARAGORRI. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1987, pp. 11 y 166-167; J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, edición de Julián MARÍAS. Madrid: Cátedra, 1990, pp. 29-32; J. ORTEGA Y GASSET, “Sobre Cervantes y *El Quijote* desde El Escorial (Notas de trabajo)”, edición de José Luis MOLINUEVO, *Revista de Occidente*, 156 (mayo 1994), pp. 41-43.

En la segunda entrega de *El Espectador*, publicada en mayo de 1917, Ortega incluyó un amplio estudio titulado “Azorín: primores de lo vulgar”. En él, en nota al pie de la primera página, puede leerse lo siguiente: “Salvas algunas recientes páginas, este ensayo fue escrito en junio de 1916”. Es decir, Ortega fecha la escritura del “ensayo” sobre Azorín entre la publicación del primer volumen de *El Espectador* y el momento de emprender su primer viaje a Argentina. Las “recientes páginas” a las que hace referencia la nota constituyen, según su decir, una salvedad a la fecha de junio de 1916, y, en cualquier caso, serían sucesivas a ella, como indica el adjetivo “recientes”, casi con toda seguridad subsiguientes al retorno de Argentina en febrero de 1917, como corrobora también la dedicatoria a la “dama argentina” que abre el ensayo, fechada en Madrid en 1917. “Salvas”, pues, “algunas recientes páginas”, todo lo demás fue fechado por Ortega como escrito en junio de 1916.

No había razones para dudar de ello, pues era el propio Ortega quien lo afirmaba. Era, además, una datación en apariencia muy razonable, pues el ensayo orteguiano, desde su mismo inicio, parecía responder a una incitación de la lectura del entonces más reciente libro de Azorín, *Un pueblecito (Ríofrío de Ávila)*, publicado, en efecto, en la primavera de 1916. Ambos hechos motivaron que la crítica diera por buena esa fecha y, siguiendo la indicación de Ortega, considerara el ensayo sobre Azorín como una unidad reconducible a la Meditación de Azorín anunciada años atrás. A ello ayudaba la coincidencia en el título entre el ensayo publicado y la meditación anunciada. Así lo afirma, por ejemplo, Julián Marías: “Las meditaciones «en prensa» [se refiere a las de Azorín y Baroja así anunciadas en la contraportada de la primera edición de *Meditaciones del Quijote*] se publicaron pronto, dentro de *El Espectador*, y en orden inverso al anunciado”⁶.

El ensayo sobre Azorín publicado en *El Espectador* iba dentro de una sección titulada “Ensayos de crítica”⁷, por lo que se debe convenir y aceptar su consideración de “ensayo”. La estructura del volumen era casi simétrica a la de la primera entrega de esta personalísima revista, publicada un año antes, en ma-

⁶ J. MARÍAS, “Ortega y las *Meditaciones*”, en J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, edición de Julián Marías, *op. cit.*, p. 29.

⁷ Hay en este título una posible sugestión azoriniana, como parecen probar las cartas de Azorín a Ortega del 20 y del 28 de febrero de 1916. En la primera de ellas le dice Azorín: “*El Espectador* puede hacer un gran bien a la gente nueva. Pero –a mi parecer– debe usted huir de tocar temas ajenos a España, y encauzar la labor en las grandes ideas y direcciones que nos afectan, y respecto de las cuales se ansía una orientación firme, nueva y humana”. Y en la segunda: “*El Espectador* puede y debe ser eso [una guía para la juventud española]. Y por tal razón decía yo que debía usted tratar exclusivamente en la revista de cuestiones españolas. / Hoy mismo hemos vuelto a resucitar la cuestión del patriotismo. Se discute, se niega la crítica (Cavia, Salaverría). ¡Como si la crítica no fuera patriotismo! ¿Es que vamos a borrar media historia literaria de España? / En fin, las gentes nuevas necesitan saber lo que *inicialmente* deben pensar”.

yo de 1916. Los ensayos sobre Baroja (*El Espectador I*) y Azorín (*El Espectador II*), aunque reconducibles por su tema al proyecto de las Meditaciones, aparecían ahora dentro de un nuevo marco (“Ensayos de crítica”) y, sobre todo, callaban toda posible vinculación o referencia al proyecto anterior. Es más, en la nota al pie anteriormente aludida, el propio Ortega calificaba su texto como “ensayo”, y no como “meditación” o “salvación” o cosa distinta. Bien es cierto que la meditación había sido definida en el prólogo “Lector...” de *Meditaciones del Quijote* como ensayo, y que, además, el apartado final de la “Meditación Preliminar” se titula “La crítica como patriotismo”⁸, pero no deja de ser significativo el silencio que cae en estos escritos de ahora sobre un término que había querido marcar la modalidad expresiva más propia y específica del pensamiento orteguiano.

Ahora bien, siendo *El Espectador*, como es, en cierto modo, expresión de una clara voluntad de distanciamiento de aquel horizonte de acción que había envuelto a Ortega desde 1912, tras el regreso de su tercer viaje a Alemania, horizonte fructífero en el que habían madurado, como logros indiscutibles, la experiencia de la Liga de Educación Política Española y la fundación de la revista *España*; ofreciéndose, además, su personal revista, como refugio de la intimidad del sujeto, como “obra íntima para lectores de intimidad”, y la cita de Montaigne que aparece en la *ouverture* de la primera entrega es bien elocuente al respecto⁹; siendo esto así, pues, como parece, ¿no habría aquí ya, en las dos primeras entregas de *El Espectador*, al menos en lo que se refiere a los textos sobre Azorín y Baroja, un cierto distanciamiento respecto de esos otros textos que, dedicados a estos mismos autores, se anunciaban como algo más que meras intenciones en el proyecto de las Meditaciones? ¿Por qué seguir insistiendo en su perfecta identidad y correspondencia, cuando, en verdad, se inscribirían en dos horizontes intelectuales distintos? ¿No bastaría el cambio de marco, o de proyecto, para resolver, aun manteniendo muchas concomitancias y un fondo de inspiración común, su perfecta separación?

No era ésta la única perplejidad que acabaría traducándose en problema. El desequilibrio que desde siempre han manifestado los estudios orteguianos, muy abundantes en el tratamiento de los aspectos filosóficos y políticos del corpus y notablemente escasos en lo tocante a los filológicos, por un lado, y la ausencia de un censo de la obra periodística de Ortega, por otro, no han favorecido el estudio genético de la textualidad orteguiana. Era sólo cuestión de tiempo, desde luego, pues el cuidado de un corpus no puede prescindir de la filología. Cuando ésta penetró en el recinto orteguiano, cuando con sensibili-

⁸ *Vid.* J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, en I, 747 y 792, respectivamente.

⁹ “[A]llons conformément, et tout d’un train mon livre et moi”, en *El Espectador I*, en II, 155.

dad filológica, poco a poco, comenzó a intervenir en el estudio del corpus, empezaron a verse en seguida las grietas de un edificio textual que había sido levantado sin atender a la efectiva composición de sus materiales.

A la labor de rescate e integración en el corpus del material inédito llevada a cabo por Paulino Garagorri vino a añadirse, solapándose ambas en los años 80, el rastreo hemerográfico de Inman Fox en lo que constituía su intento de reconstruir el proyecto general de las Meditaciones orteguianas. A Fox se debe la localización de una serie de cuatro artículos publicados por Ortega en *Los Lunes de El Imparcial* los días 24 de febrero, 17 y 31 de marzo y 21 de abril de 1913 titulada “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”. Eran una amplia “meditación” sugerida por la lectura de *Castilla*, libro publicado por Azorín a finales de 1912. Ese mismo año, Azorín había publicado también *Lecturas españolas*, y el libro mereció una muy elogiosa reseña de Ortega en las páginas de *El Imparcial*, lo que suele indicarse como uno de los signos más claros de la recuperación de una relación entre ambos que había atravesado por momentos críticos en años anteriores, debido, sobre todo, a la vinculación política de Azorín con el conservadurismo maurista. Fox se dio cuenta que esta serie de 1913 correspondía, con algunas variantes, al texto que aparecía en la segunda parte del ensayo sobre Azorín publicado en *El Espectador II*. Así aparece indicado en nota en su magnífica edición de *Meditaciones sobre la literatura y el arte*, y, desde entonces, también lo incorporó como dato Paulino Garagorri en su edición de *Ensayos sobre la Generación del 98*¹⁰. Ahora bien, ambos estaban más preocupados, acaso cautivados, y no sin razón, por la complejidad textual que representaban los escritos orteguianos dedicados a Pío Baroja. A ellos brindan su mayor interés y sus mejores esfuerzos, logrando poner orden en un intrincado problema textual. Al ensayo sobre Azorín no le dieron mayor importancia. No era poca cosa, de todos modos, el descubrimiento de Inman Fox.

Aquella pretendida “unidad” que ostentaba como un sobrentendido la nota de Ortega al pie de la primera página del ensayo sobre Azorín incluido en *El Espectador II*, a la que aquí repetidamente se ha hecho referencia, resultaba, por tanto, falsa. Falsa, se entiende, en lo que daba como implícito y sobrentendido. No todo –excepto las “recientes páginas” de 1917– era de 1916. La segunda parte del texto, con algunas variantes, era de 1913. Y no se trataba de un inédito, lo que hubiera podido disculpar mejor la inadvertencia y el descuido sucesivos, sino que había sido efectivamente publicado. Y no, además, en una publicación marginal o escondida, sino en *El Imparcial*, que era tanto como decir

¹⁰ La nota de Fox está en las pp. 307-308 de su edición ya citada de *Meditaciones sobre la literatura y el arte*; y las de Garagorri en las pp. 211 y 254 de su edición de J. ORTEGA Y GASSET, *Ensayos sobre la Generación del 98*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1989.

el principal diario de la época, ligado desde su fundación a la familia Gasset y en el que Ortega había empezado a colaborar en 1904. Ello es índice, entre otras muchas cosas, de las limitaciones que una época triste imponía, en más de un sentido, a la investigación.

Las dos partes que Ortega había indicado en el ensayo sobre Azorín de 1917 (marcadas en el texto como I y II), no eran, pues, como se había pensado, dos momentos sucesivos de un mismo desarrollo, sino dos desarrollos distintos y separados en el tiempo, el segundo de los cuales consistía también en integrar al primero dentro de sí. La datación correcta, por tanto, del ensayo sobre Azorín incluido en *El Espectador II* con el título de “Azorín: primores de lo vulgar” sería la siguiente: salvas las “recientes páginas” de 1917, toda la primera parte (marcada como I) sería de 1916, lo que casa bien con la constante referencia de esta parte a *Un pueblecito (Ríofrío de Ávila)*, publicado ese mismo año, y la segunda parte (marcada como II), en coherente referencia a *Castilla*, sería de 1913, salvo las variantes, que serían reconducibles, por un lado, la mayoría, a 1916, en el intento orteguiano de integrar la serie de 1913 en una nueva unidad textual, y, por otro lado, las menos, a 1917, a lo que pudiera corresponder a las “recientes páginas” aludidas en la primera nota.

Se trata, pues, de dos unidades textuales, situadas en dos horizontes de acción distintos, que responden, cada una a su modo, dentro de la trayectoria intelectual de Ortega, a circunstancias diversas. Tienen fecha los textos, y desde ella ejercen su acción dentro de un horizonte concreto. No considerar la cronología, sobre todo en este tipo de textos cuya publicación advino en periódicos y revistas, es decir, en publicaciones fuertemente marcadas por su carácter efímero y precario, significa ponerse en el camino menos adecuado para un buen entendimiento del autor en cuestión. No se habla en los periódicos *urbi et orbi*, sino para una circunstancia precisa, para un concreto momento histórico, antes incluso de que se constituya en historia.

En *España invertebrada*, siguiendo el modelo de Mommsen para la formación del imperio romano, Ortega estableció las pautas interpretativas aplicables al caso de la nación española. Es algo muy conocido: se trataría no de una “dilatación” o “expansión” de un núcleo original, sino de una progresiva “incorporación” dentro de un proyecto “integrador”. Salvando las debidas distancias, este mismo modelo fue aplicado con éxito por Ortega en la conformación de sus libros a partir de sus artículos de prensa. *España invertebrada* es, en este sentido, un buen ejemplo¹¹. Pues bien, el ensayo de 1917 “Azorín: primores de lo vulgar” se constituye textualmente siguiendo en parte las pautas del modelo

¹¹ *Id.* en propósito el apartado “Biografía del texto” de la “Introducción” a mi edición de J. ORTEGA Y GASSET, *España invertebrada*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2002, pp. 38-47.

de “incorporación” textual desarrollado y perfeccionado por Ortega algunos años después. El ensayo sobre Azorín de *El Espectador II* no nace por dilatación o expansión de la serie de artículos publicada en 1913, sino que se conforma incorporando e integrando el texto de aquella serie a una nueva unidad textual estructurada en dos partes. En esta nueva unidad convergían dos momentos de escritura, que correspondían –salvo las variantes– a las dos partes del ensayo: uno de 1916, referido a *Un pueblecito (Riofrío de Ávila)*, y otro de 1913, referido a *Castilla*. El primero de éstos albergaba ya como horizonte propio de su escritura la voluntad de incorporar e integrar el texto de 1913. Las variantes (cambios, añadidos y supresiones) que introduce Ortega en el texto de 1913 a la hora dar forma al ensayo de 1917 son el fiel reflejo de esa voluntad de incorporación e integración que anima la nueva unidad textual.

Ahora bien, en la incorporación textual llevada a cabo en 1917, con voluntad o sin ella, acaso por descuido, o acaso no, lo cierto es que Ortega hizo perder las huellas de la serie de 1913 (no haría así en el ejemplo antes citado de *España invertebrada*, pues en uno de sus prólogos hace referencia a los artículos originarios). La primera nota incluida en el ensayo sobre Azorín de *El Espectador II* ocultaba la serie de 1913 y corría una tupida cortina de humo entre ambos textos. Podría conjeturarse que, en la intención de Ortega, la nota aludida podría referirse sólo a la primera parte del ensayo, efectivamente escrita en 1916, pero lo cierto es, por un lado, que la nota no contiene ninguna indicación de la limitación de su alcance, y, por otro lado, que, de ser inexacta, hubiera podido corregirse o completarse en las ediciones sucesivas del texto, pues no fueron pocas las que se hicieron en vida de Ortega, considerando tres ediciones separadas de *El Espectador II* (1917, 1921 y 1928) y al menos otras dos de la serie completa de la revista (1943 y 1950), además de la incluida en el segundo tomo de las *Obras completas* de 1946. Tal corrección, sin embargo, nunca advino, por lo que debe concluirse el alcance y la referencia de la nota en cuestión a todo el ensayo.

Acaso pueda decirse también que no es importante el hecho de ocultar las huellas de un texto, pues nadie está obligado a dar cuenta fehaciente de lo que hace con sus escritos. Ahora bien, Ortega no sólo no da cuenta de ellas, sino que la información que facilita en la nota aludida tergiversa la verdad. Es cierto que el texto de 1913 está “incorporado” e “integrado” al ensayo de 1917. Pero también es cierto que las huellas borradas abren el problema de la Meditación de Azorín pensada y anunciada dentro del proyecto general de las Meditaciones orteguianas. ¿Cuál era el texto anunciado “en prensa” en la contraportada de *Meditaciones del Quijote*? Que su título fuera “Azorín: primores de lo vulgar” no puede bastar para concluir, sin más, que se tratara del ensayo de 1917. Si estaba en prensa, estaba ya escrito; y éste habría de escribirse aún dos años después.

La serie “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”, publicada, como queda dicho, entre febrero y abril de 1913 en *El Imparcial*, constituye, indudablemente, una unidad textual. Tiene una estructura que es deudora, en parte, de las exigencias de espacio y de la tipología de textos propias de los medios periodísticos. Se presenta dividida en cuatro partes marcadas con números romanos correspondientes a las cuatro entregas en que apareció (24 de febrero, 17 y 31 de marzo y 21 de abril). La primera parte está, a su vez, dividida en tres partes, sin títulos, separadas por un asterisco. La segunda consta de dos partes, la primera de ellas sin título y la segunda titulada “Poeta de la costumbre”. La tercera también está dividida en dos partes, ambas tituladas, respectivamente, “Intermedio de las siluetas” y “Poeta de la vida gremial”. La cuarta parte, en cambio, se presenta sin divisiones bajo el título de “El casticismo y lo castizo”.

“Azorín: primores de lo vulgar”, el ensayo de *El Espectador II*, incorpora e integra en su segunda parte el texto de la serie de 1913, aportando variantes más o menos significativas, algunas de ellas funcionales para lograr la efectiva integración. Esta segunda parte, en la edición de 1917, estaba dividida en ocho apartados titulados cuya correspondencia con el texto de 1913 era la siguiente (damos primero el título del apartado del texto de 1917 y a continuación su correspondencia con el texto de 1913; las correspondencias se entienden provistas de variantes):

- “Ruina viva”: corresponde a las dos primeras partes, sin título, del primer artículo de 1913 (24 de febrero).
- “La intuición radical de Azorín”: corresponde a la tercera parte, sin título, del primer artículo de 1913.
- “Primor de la repetición”: corresponde a la primera parte, sin título, del segundo artículo de 1913 (17 de marzo).
- “Poeta de la costumbre”: corresponde a la segunda parte, titulada, del segundo artículo de 1913; conserva el título.
- “El casticismo y lo castizo”: corresponde al cuarto y último artículo, titulado, de la serie de 1913 (21 de abril); conserva el título.
- “La historia, edificio de las hormigas”: corresponde a la segunda parte del tercer artículo de 1913 (31 de marzo); cambia el título de “Poeta de la vida gremial”.
- “Su musa”: sin correspondencia.
- “Su flor”: sin correspondencia.

De la serie de 1913, por tanto, Ortega había dejado fuera en la edición de 1917 la primera parte del tercer artículo, titulada “Intermedio de las siluetas”, había añadido dos apartados más, “Su musa” y “Su flor”, había cambiado un título, el de la segunda parte del tercer artículo, y había alterado el orden de la

serie, pues anticipaba “El casticismo y lo castizo”, que cerraba la serie, y lo hacía seguir de “La historia, edificio de las hormigas”, que en la serie lo precedía con el título de “Poeta de la vida gremial”. “Ruina viva” incluía, además, otra incorporación textual de un artículo precedente, situada a continuación de la parte correspondiente de la serie de 1913: se trata, en efecto, de los cuatro últimos párrafos de la primera parte de la reseña de Ortega a *Lecturas españolas* (*El Imparcial*, 23 de junio de 1912).

No sería ésta, sin embargo, la estructura definitiva de la segunda parte del ensayo sobre Azorín incluido en *El Espectador II*. En la segunda edición de las *Obras completas* cuya publicación se inicia 1946, publicada en 1950, si introdujeron una serie de cambios en la estructura del ensayo que, a la postre, se han mantenido como definitivos. Allí se recuperó y se incorporó la parte del tercer artículo de 1913 que había quedado fuera del texto de 1917, conservando su título, “Intermedio de las siluetas”, y el orden de sucesión que le correspondía en los artículos de 1913. Además, se intercambiaba el orden de los dos apartados siguientes: “La historia, edificio de las hormigas” pasaba a preceder “El casticismo y lo castizo”, adquiriendo el conjunto, de este modo, una estructura que reproducía la estructura de la serie de 1913, con la excepción, claro está, de los dos apartados finales que habían sido añadidos para la publicación de 1917.

Todos estos avatares editoriales pueden seguirse ahora cómodamente en la nueva edición de las *Obras completas* de Ortega, en curso de publicación a cargo del Centro de Estudios Orteguianos. Consultando oportunamente los apartados de las “Notas a la edición” y de la “Noticia bibliográfica” relativos al *Espectador II* y al ensayo “Azorín: primores de lo vulgar”, así como el “Apéndice” correspondiente que incluye las variantes del ensayo en cuestión, todo ello en el tomo II, a lo que habría que añadir aún, del tomo I, el “Apéndice” de variantes relativo a la reseña orteguiana de *Lecturas españolas* titulada “Nuevo libro de Azorín”, consultando todo ello, pues, puede reconstruirse esta compleja aventura editorial¹². Muestra así este instrumental su utilidad, pertinencia y eficacia para la investigación y para el potenciamiento de los estudios orteguianos, pues permite también una lectura diacrónica de los textos de Ortega, y no sólo, como hasta ahora acontecía con las anteriores ediciones de las *Obras completas*, una lectura sincrónica ligada al momento de la fijación de los textos.

Entre las Meditaciones que se anunciaban “en prensa” en la contraportada de la primera edición de *Meditaciones del Quijote* estaba situada en primer lugar, como se recordará, “Azorín: primores de lo vulgar”. Es cierto que este título corresponde exactamente al título del ensayo sobre Azorín publicado sucesivamente en *El Espectador II*, pero también es cierto que corresponde con la se-

¹² Vid. concretamente, en el tomo I, 980-981, y, en el tomo II, 843-845, 859 y 894-898.

gunda parte del título de la serie de *El Imparcial*, “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”. El mantenimiento de “primores de lo vulgar” también como título del ensayo de *El Espectador II* expresa bien claramente cómo la idea central de la interpretación orteguiana de la obra de Azorín se había formado en los años 1912 y 1913, “meditando” alrededor de *Lecturas españolas y Castilla*, ambos publicados por Azorín en 1912. La sugestión sucesiva de *Un pueblecito (Riófrío de Ávila)*, publicado en 1916 –libro delicioso, sin duda, pero menor dentro de la bibliografía azoriniana, menor, desde luego, con relación a los dos libros de 1912–, no añade sustancialmente nada nuevo a la idea de los “primores de lo vulgar” que ya se había formado Ortega. Si acaso le permite profundizar en ella, recogiendo algunos registros de la sensibilidad azoriniana sobre los que quizá había pasado muy deprisa en el escrito de 1913.

El anuncio público de la Meditación de Azorín con el título de “Azorín: primores de lo vulgar” se efectúa, pues, en 1914, mientras que los textos en cuestión se publicaron en 1913 (la serie) y en 1917 (el ensayo). Que el anuncio relativo llevara la indicación “en prensa” y no “en preparación” hace pensar, más allá de lo que también pudo ser una estrategia publicitaria, que Ortega, en ese momento –julio de 1914– consideraba la Meditación de Azorín cerrada y concluida. Y si esto es así, como parece, no puede seguirse sino que la Meditación de Azorín correspondiente al proyecto general de las Meditaciones orteguianas era “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”, es decir, el texto de la serie publicada en *El Imparcial*. Lo avalaría también, en cierto modo, la presencia en el título de la serie del término “meditaciones”, término que, como queda dicho, desapareció sin dejar rastro en *El Espectador II*.

Al quedar la serie de *El Imparcial* incorporada e integrada, engullida, en el ensayo de *El Espectador*, y, sobre todo, al hacer perder Ortega sus huellas con una datación errónea, aquella unidad textual originaria perdía su identidad dentro del corpus. Nada iba a hacer ya referencia a ella. Y sin embargo, más allá de lo que pueda ser un simple prurito de filología genética, conservar de algún modo –aunque sólo sea como mera posibilidad de reconstrucción, como hace, en efecto, la edición de las *Obras completas* a cargo del Centro de Estudios Orteguianos– aquella unidad textual es importante, pues ayuda, por un lado, a entender mejor las relaciones entre Azorín y Ortega, y, por otro, vierte luz sobre el complejo proceso ligado al proyecto de las Meditaciones orteguianas. Ésta es la razón que me ha llevado a incluir el texto de la serie “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar” en un apéndice de mi edición de *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*.

Las relaciones entre Azorín y Ortega tienen una historia compleja que atraviesa varias fases y se va modulando al compás del desarrollo del movimien-

to intelectual español¹³. No permite la ocasión de este artículo un tratamiento exhaustivo de la importante relación que mantuvieron estos dos colosos de la cultura española de la Edad de Plata; me limitaré, por tanto, a circunscribir brevemente algunos aspectos de la misma de funcional relevancia en el caso que nos ocupa.

No es difícil detectar la admiración que el joven Ortega sentía por Azorín siguiendo el epistolario de sus años de mocedad y estudiantazgo¹⁴. A su padre confía su satisfacción por la incorporación de Azorín a *El Imparcial* en marzo de 1905, y, sucesivamente, saluda con entusiasmo las primeras crónicas del escritor por tierras manchegas, en lo que fue, sin duda, una portentosa revisitación literaria de los ambientes cervantinos. Estas crónicas —magníficas— serían después recogidas en volumen y publicadas ese mismo año, a la sazón conmemorativo del III centenario del *Quijote*, con el título de *La ruta de Don Quijote*. Libro, por cierto, que influyó más de lo que suele advertirse en la formación intelectual del joven Ortega, tanto como los dedicados a la efeméride cervantina por Unamuno y Navarro Ledesma, respectivamente *Vida de Don Quijote y Sancho* y *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, de aquel mismo año.

La colaboración de Azorín en *El Imparcial* fue muy breve, pues, como se sabe, en junio de ese mismo año pasó al diario *ABC*. El joven Ortega, sin embargo, no se rindió a esta salida temprana de Azorín del periódico de la familia, como testimonian un par de cartas de Azorín, una a Ortega del 11 de septiembre de 1906 y otra a Gabriel Maura Gamazo del 5 de ese mismo mes, que ven a Ortega protagonista de una operación que pretendía devolver a Azorín a *El Imparcial*¹⁵. La operación no tuvo éxito, desde luego, pero su intento confirma la alta estima que nutría el joven Ortega por Azorín, el brillante escritor que, entre mil dificultades, se estaba alzando con el liderazgo de la generación finisecular.

En las cartas ya mencionadas de Azorín a Ortega conservadas en el archivo de la Fundación José Ortega y Gasset hay un vacío o salto que va del 2 de oc-

¹³ He dado parcial noticia de la relación entre Azorín y Ortega en la “Introducción” a mi edición de *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2005) y me propongo completar su estudio en un próximo artículo. En el archivo de la Fundación José Ortega y Gasset se conservan setenta cartas de Azorín a Ortega que ayudan a entender esta relación dentro de las sucesivas circunstancias por las que fue atravesando la intelectualidad española. Las cartas de este epistolario a las que aquí se hará referencia se citan por los documentos originales conservados en el archivo mencionado. A la Fundación José Ortega y Gasset va nuestro agradecimiento por haber permitido la consulta.

¹⁴ J. ORTEGA Y GASSET, *Cartas de un joven español (1891-1908)*, edición de Soledad ORTEGA. Madrid: El Arquero, 1991.

¹⁵ La carta de Azorín a Gabriel Maura, hijo del Maura más famoso, Antonio, se cita por la edición de Laureano Robles incluida como apéndice a su “Azorín y los Maura”, en *Azorín (1904-1914)*. Murcia: Universidad de Murcia y Universidad de Pau, 1996, p. 279.

tubre de 1906 al 26 de marzo de 1912. No son pocos años, desde luego, pero si se tiene en cuenta que coinciden con lo que Baroja llamó el “sarampión maurista” de Azorín resulta razonable el enfriamiento de la relación. El escritor levantino había abandonado el radicalismo político de sus años juveniles y la firma de J. Martínez Ruiz que le diera prestigio y reconocimiento. Ahora era Azorín¹⁶: en 1907 sería elegido diputado en las filas del Partido Conservador liderado por Antonio Maura; sus colaboraciones en *ABC* y *Diario de Barcelona* de esos años se inscriben dentro de la acción política del reformismo conservador; en 1908 publica *El político*, un auténtico tratado de teoría política con el que empieza la construcción de las bases culturales del maurismo, y, en 1910, *La Cierva*, un folleto laudatorio de la política conservadora. Ortega, por su parte, entre octubre de 1906 y septiembre de 1907 llevó a cabo un viaje de estudios a Marburgo. Era su segunda estancia en Alemania. A su regreso, participará activamente en la creación de plataformas de opinión a cuyo través pudiera alzarse la voz reformadora de su generación. Las experiencias de *Faro* y de *Europa* hablan en este sentido por sí solas. Polemiza duramente con Gabriel Maura, Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno, en lo que constituye su ejemplar distanciamiento y ruptura con el noventa y ochismo. Son tres polémicas muy conocidas, pero suele pasar desapercibido que, al fondo, está siempre Azorín: alentando, primero, a Gabriel Maura en la crítica conservadora del liberalismo orteguiano de aquellos años, cuya expresión más lograda es la conferencia pronunciada por éste en El Sitio de Bilbao, *La pedagogía social como programa político*¹⁷; desencadenando, después, el famoso conflicto entre “hombres” o “ideas” sobre el liderazgo de la acción política, en el que terció Maeztu¹⁸; atacando las protestas de los intelectuales europeos contra la represión policial de los incidentes de la Semana Trágica de Barcelona, lo que permitió a Unamuno cargar contra el europeísmo de la joven generación¹⁹. En todas ellas está Azo-

¹⁶ Vid. a propósito de este cambio, mi “«Y si él y no yo...»”, introducción a J. MARTÍNEZ RUIZ, *Antonio Azorín*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.

¹⁷ Vid. los artículos “La reforma liberal” y “Conservación de la cultura”, de Ortega, publicados en la revista *Faro*, respectivamente en los n.ºs. 1 y 3 de 1908; y “La reforma conservadora” y “Liberales, radicales y socialistas”, de Gabriel Maura, publicados en la misma revista, respectivamente en los n.ºs. 2 y 5 de 1908.

¹⁸ Vid. los artículos “¿Hombres o ideas?”, “Algunas notas” y “Sobre una apología de la inexactitud”, de Ortega, publicados en *Faro*, respectivamente en los n.ºs. 19, 25 y 31 de 1908; y “Hombres, ideas, obras”, “Hombres, ideas, desarrollo”, “Brumas y sol” y “Por el sentimiento”, de Maeztu, publicados en *Nuevo Mundo* los días 18 de junio, 23 de julio, 3 de septiembre y 8 de octubre de 1908.

¹⁹ Vid. el artículo “Unamuno y Europa, fábula”, de Ortega, publicado en *El Imparcial* el 27 de septiembre de 1909; en él respondía a una carta de Unamuno a Azorín publicada por éste en *ABC* el 15 de septiembre de 1909.

rín detrás²⁰. Cabría pensar que se trata, en el fondo, de una sola polémica entre Azorín y Ortega, sólo que Azorín la conduce por interpuesta persona.

Ortega, desde el regreso de su segundo viaje a Alemania, había criticado con dureza la política del gabinete Maura y, en este contexto, había hostigado al soporte intelectual más prestigioso del conservadurismo maurista de aquellos años: Azorín. En “Sobre la pequeña filosofía”, por ejemplo, publicado en *El Imparcial* el 13 de abril de 1908, asesta un golpe durísimo a las bases filosóficas de la teoría política azoriniana. Y en uno de los artículos de la serie “Arte de este mundo y del otro”, publicado en *El Imparcial* el 13 de agosto de 1911, se refiere a Azorín como el “admirable escritor, desaparecido hace cuatro años”²¹. Esos cuatro años a los que se refiere Ortega son los que iban desde que Azorín comenzó su actividad política dentro del Partido Conservador.

La crítica del político, sin embargo, no había logrado ofuscar la admiración por el escritor. Da fe de ella, por ejemplo, en los mismos dos artículos recién citados²². Ahora bien, de regreso de su tercera estancia en Alemania en 1911, en parte motivado por la experiencia intelectual, filosófica, de este mismo viaje, y, en parte también, acaso más principalmente, por el desarrollo del movimiento intelectual en España y por la posición de creciente influencia que iba adquiriendo Ortega dentro de él, lo cierto es que en 1912 volvemos a encontrar la huella de una relación amable entre Azorín y Ortega. Los momentos de frialdad y abierta crítica, al menos en lo que se refiere a Ortega, daban paso ahora a una nueva fase de cordial complicidad cuyo momento más álgido e intenso se sitúa en los años 1912 y 1913 (casi un tercio de las cartas de Azorín a Ortega que se conservan corresponden, precisamente, a estos años). Son los años que han permitido hablar a Cacho Viu de un “Azorín orteguizado”²³. Quiere indicarse con ello una suerte de viraje de Azorín hacia Ortega. Algo hubo, es cierto, aunque es probable que Azorín siguiera estando políticamente donde había estado

²⁰ *Id.* los artículos de Azorín “La ética del periodismo”, “El idealismo y el realismo” y “Colección de farsantes”, publicados en *ABC* los días 18 y 21 de mayo de 1908 y 12 de septiembre de 1909, respectivamente. Al primero de estos artículos respondería Ortega con “El cabilismo, teoría conservadora”, publicado en *El Imparcial* el 20 de mayo de 1908, y al último en “Fuera de la discreción”, también publicado en *El Imparcial* el 13 de septiembre de 1909. Todos los artículos de Ortega señalados en estas últimas notas se encuentran en el tomo I de las *Obras completas* a las que aquí hemos hecho repetida referencia.

²¹ J. ORTEGA Y GASSET, “Arte de este mundo y del otro”, en I, 446.

²² “Lo mejor que ha traído la literatura española en los últimos diez años ha sido los ensayos de *salvación* de los caminos triviales de los pueblos, de las viejas inútiles, de los provincianos anónimos, de los zaguanes, de las posadas, de los caminos polvorientos [de Azorín]”, *idem*; “[...] entonces expondré largamente las razones que me mueven a estimarle en tan alto grado como literato de casta viva”, en “Sobre la pequeña filosofía”, *ibidem*, p. 162.

²³ V. CACHO VIU, *Repensar el noventa y ocho*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997, p. 141.

en años anteriores. Ahora, en cambio, con Maura fuera del gobierno, su vinculación política aparecía menos visible y podía manifestar más libremente los ideales reformistas que albergaba su conservadurismo político. Había en él, antes como ahora, un residuo de rebeldía anarquista y una comprensión regeneracionista del “problema de España”. La llamada a “conocer y comprender” con que cerraba *Lecturas españolas*, publicado a mediados de 1912, era música para los oídos orteguianos. Allí se encontraba también, como causa de la decadencia española, la “falta de curiosidad intelectual”²⁴. Ortega, que había vuelto de Alemania con energías renovadas y con renovado espíritu filosófico, no se hizo esperar y publicó una amplia y muy elogiosa reseña que comenzaba así: “Uno de los libros mejores que yo he leído en castellano es éste que Azorín publica llamándole *Lecturas españolas*”²⁵.

Los jóvenes intelectuales de la generación del 14 solían moverse políticamente en alguna de las órbitas de apoyo a la Conjunción republicano-socialista, de cuya experiencia saldría, en 1912, el Partido Reformista de Melquíades Álvarez. La apuesta por el reformismo iba a ser muy alta y Ortega no dudó en empeñarse a fondo. Azorín y Ortega se necesitaban. Azorín necesitaba de Ortega para recuperar el terreno perdido con su vinculación maurista, para recomponer su imagen pública y para conectar positivamente con la joven generación de intelectuales. El aval orteguiano le daba credibilidad. Ortega, por su parte, estaba tejiendo su liderazgo y necesitaba el apoyo de Azorín, pues a su *affaire* se había vinculado la juventud intelectual durante la campaña contra la Real Academia de 1913.

1913 es el año del gran rechazo. En dos ocasiones la Real Academia rechazará la candidatura de Azorín. El “caso Azorín” fue causa de la intelectualidad: las protestas en la prensa fueron muy numerosas y acabaron confluyendo en el Homenaje de Aranjuez del 23 de noviembre. Poco después del primer rechazo de la Academia, en el contexto de las protestas levantadas en la prensa, es cuando Ortega publica la serie “Meditación del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”. Llovía sobre mojado, pues con la profundidad y el alcance desplegados en estos artículos, Ortega se ponía al frente del público reconocimiento a Azorín. Éste, puntualmente, le agradecería por carta cada una de las entregas de prensa.

A principios de febrero de 1913 Ortega publicó uno de sus artículos políticos más duros y significativos de este período. “Competencia”, en efecto, apareció en dos partes los días 8 y 9 en *El Imparcial*. Era, como queda dicho, un artículo de carácter político, pero en aquella “revolución de la competencia” que

²⁴ AZORÍN, *Obras escogidas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1998, tomo II, p. 811.

²⁵ J. ORTEGA Y GASSET, “Nuevo libro de Azorín”, en I, 535.

reclamaba Ortega para España muchos debieron ver también una velada alusión a aquella Academia que se negaba a recibir a Azorín prefiriendo un político –el entonces ministro Juan Navarro Reverter– sin mayores competencias literarias. Este artículo, además, pudo haber causado un incidente entre Azorín y Ortega, pero éste dejó correr inteligentemente y evitó una polémica que, en el contexto de la campaña de los intelectuales en favor de Azorín y contra la Academia, desde luego, no le hubiera favorecido. En la primera entrega, de hecho, Ortega se sirve de la fecha del Desastre de 1898 para configurar la identidad de su generación. Él y sus coetáneos eran la “generación de 1898”. El 10 de febrero, sin embargo, dos días después de la publicación de esa primera entrega y uno después de la segunda y última, Azorín iniciaba una serie de cuatro artículos en los que hacía como que no se daba por enterado del nombre reclamado por Ortega y se apropiaba definitivamente del término de “generación del 98” para su propia generación²⁶. Ortega debió de apretar los dientes y evitó la polémica.

Tras el segundo rechazo, en noviembre, los intelectuales, con Ortega a la cabeza, organizaron a Azorín un acto de reconocimiento y desagravio en el célebre Homenaje de Aranjuez. Azorín recuperaba su autoridad moral y ganaba la imagen límpida de un intelectual rechazado por el sistema. Ortega, por su parte, había logrado compactar a los intelectuales y alzarse con su liderazgo. Azorín, agradecido, le dedicaría *Los valores literarios*: “Acepte usted, querido Ortega y Gasset, la dedicatoria de este libro. [...] Es usted inspirador de un grupo de gente joven que se moldea en la crítica de los valores tradicionales, y a nadie mejor que a usted pueden ir dirigidas estas páginas”²⁷. El libro se publicó en diciembre de 1913. Al poco, el 23 de marzo de 1914, Ortega presentaría públicamente la Liga de Educación Política Española. Era el proyecto de acción de los intelectuales; la conferencia de presentación, *Vieja y nueva política*, fue su programa. En agosto publicaría su primer libro, *Meditaciones del Quijote*.

Éste es, a grandes rasgos, el contexto histórico-cultural en el que adviene la publicación de la Meditación de Azorín. Es, como queda dicho, el momento de mayor cercanía intelectual entre ambos. Hay una complicidad manifiesta en su correspondencia de estos años, un sentimiento de estar de la misma parte, una voluntad de hacer frente común dentro de una idea de “gran reforma” que quería pasar por encima de las contingencias políticas. La Meditación de Azorín no era sólo un homenaje al autor de *Lecturas españolas* y *Castilla*, para eso bastaba una reseña, como hizo con el primero de ellos. Era, sobre todo, un mo-

²⁶ La serie se tituló “La generación del 98” y se publicó en *ABC* los días 10, 13, 15 y 18 de febrero; después pasó a *Clásicos y modernos*, publicado en la primavera de 1913.

²⁷ AZORÍN, *Obras escogidas*, op. cit., tomo II, p. 1022.

vimiento del espíritu con el que Ortega lograba integrar la obra de Azorín dentro de su gran proyecto reformista de comprensión del “problema de España”. El método, o el estilo, de la integración era la “meditación”. Era, pues, una integración “salvadora”. Y conviene recordar, a este punto, que Ortega, antes de orientarse definitivamente por el nombre de *Meditaciones*, contempló también, para su proyecto, el de *Salvaciones*. Un nombre, este de “salvaciones”, que, además de las otras muchas raíces que le ha encontrado la crítica, encuentra en el estilo azoriniano una de sus claves más profundas: “ensayos de *salvación*” llama Ortega al proceder literario de Azorín²⁸. Y ese estilo —cuyo buen entendimiento requiere que se lo comprenda, no como la superficie de la escritura, sino como modo de ser y de conocer— es lo que querrá ganar e integrar en ese particular estilo suyo que, desplegado en *Meditaciones del Quijote*, iba en pos del estilo cervantino. Que la Meditación de Azorín sea, en efecto, “*Meditaciones del Escorial*. Azorín: primores de lo vulgar” permite entender en toda su amplitud y pregnancia la presencia de Azorín en el prólogo “Lector...” de *Meditaciones del Quijote*. Prólogo, como se recordará, no tanto a las meditaciones cervantinas, sino al proyecto general de las *Meditaciones*. Adquiere así “plenitud significativa” la afirmación de que Azorín es —como Baroja— una circunstancia orteguiana y española²⁹. Azorín es el prisma con el que Ortega se acerca al pasado español, y de su “meditación” se alza una filosofía de la historia que irá a colocarse en la base de la filosofía de la cultura que Ortega iba a elaborar dentro de la dinámica vida-cultura en los años sucesivos. Es la filosofía de la historia subyacente a las *Meditaciones*.

El proyecto de las *Meditaciones* adviene en el horizonte abierto por el tercer viaje de Ortega a Alemania. Su gestación corre paralela al distanciamiento del neokantismo y a la reflexión sobre la novedad fenomenológica. No son éstos, claro está, en lo que aquí nos ocupa, dos momentos nítidamente separados del pensamiento orteguiano, sino, más bien, una época de confluencia en la que se van entremezclando temas y motivos de antaño con formas y sensibilidades nuevas. Y esto se nota también en ciertos trasvases textuales operados por Ortega, en su voluntad de servirse de textos anteriores con la intención de integrarlos en el nuevo horizonte intelectual, y, sobre todo, en esas esquinas que, tras la incorporación, no logran integrarse perfectamente y desvelan una suerte de inarmonía textual. Podrían aducirse varios casos; valga, a título de ejemplo, pero relevante para nuestro caso, la doble conceptualización de la heroicidad que aparece en *Meditaciones del Quijote*: héroe de la voluntad y del esfuerzo puro, por un lado, y héroe de lo cotid-

²⁸ J. ORTEGA Y GASSET, “Arte de este mundo y del otro”, en I, 446.

²⁹ J. ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*, en I, 757.

no, por otro³⁰. En el fondo era sólo un problema de fechas, de textos escritos en momentos distintos que se habían ensamblado para hacer con ello un libro. En esa heroicidad de lo cotidiano que se abre paso en el nuevo horizonte orteguiano de las *Meditaciones* y que no logra siempre dejar atrás la heroicidad de la voluntad, ahí, en su clara indicación de un posibilismo reformista, está la huella indeleble de Azorín. Son los *primores de lo vulgar*.

“*Meditaciones del Escorial*. Azorín: primores de lo vulgar” se liga, en lo que constituye la primera parte de su título, a un artículo publicado por Ortega en *El Imparcial* el 22 de mayo de 1909, “*Meditación del Escorial*. Tratado del esfuerzo puro”. Este artículo, con el añadido de una breve introducción³¹, fue reproducido en el diario bonaerense *La Prensa* el 29 de abril de 1913 con el título de “*Diario de un español*. Una meditación del Escorial”. Nótese en propósito que la publicación argentina tiene lugar a escasos días de distancia de la publicación del último artículo de la serie “*Meditaciones del Escorial*. Azorín: primores de lo vulgar”, pues ésta se había completado el 21 de abril de ese mismo año.

En el número 11 del semanario *España*, correspondiente al 9 de abril de 1915, Ortega publicó después un artículo titulado “*El Monasterio*”. Allí se hacía constar que se trataba del texto de una conferencia impartida por Ortega en el Ateneo de Madrid pocos días antes, el 4 de abril, dentro del exitoso ciclo de conferencias organizado aquel año bajo el título de “*Guía espiritual de España*”. La conferencia de Ortega se tituló *Meditación del Escorial* (poco después, el 29 de mayo, iba a dar Ortega otra conferencia, esta vez en la Residencia de Estudiantes, que, con el título de *Muerte y resurrección*, se anunciaba como la segunda parte de sus *Meditaciones del Escorial*). Sucesivamente, el texto publicado en *España* sería incorporado en 1927 a *El Espectador VI* con el título de “*Meditación del Escorial*”. Este texto de *España* y de *El Espectador VI* se servía del texto de 1909 (reproducido en 1913). El “uso” que hace de él, los cambios y modificaciones que introduce, los añadidos y supresiones que incluye, constituye uno de esos ejemplos de trasvases textuales que denotan un cambio de horizonte intelectual. José Lasaga ha estudiado brillantemente los “desplazamientos” de esta aventura textual y su alcance interpretativo en su artículo ya citado “*La llave de la melancolía*”³².

³⁰ Ha llamado la atención sobre esta doble conceptualización de la heroicidad en *Meditaciones del Quijote* José Lasaga en su “*La llave de la melancolía*. Cervantes y la razón vital”, *Revista de Occidente*, 288 (mayo 2005), pp. 39-60; *vid.* también, en ese mismo número de *Revista de Occidente*, mi “*Hacer concepto (Meditaciones del Quijote y filosofía española)*”, pp. 81-105.

³¹ *Id.* el “*Apéndice*” de variantes del tomo II, 925-926.

³² Para los avatares textuales de este escrito orteguiano, véanse también las partes correspondientes de las “*Notas a la edición*”, “*Noticia bibliográfica*” y “*Apéndice*” incluidas en II, 847, 864 y 925-928.

Sabido es que Ortega había pasado largas temporadas en El Escorial desde su infancia: su padre tenía allí alquilada una de las llamadas Casas de Oficios del Monasterio y la familia transcurriría buena parte de sus veranos y periodos vacacionales; fue, además, la primera residencia del joven matrimonio Ortega-Spottorno, en 1910, antes de emprender el tercer viaje a Alemania, y a ella volverían a trasladarse durante el curso 1914-1915, siguiendo con ello un deseo orteguiano de “aislamiento y trabajo”. En sus escritos de esta época se encuentran numerosas referencias al Monasterio de El Escorial: su simbología se convierte en pilar del pensamiento orteguiano; la “meditación” sobre ella constituye uno de los núcleos en cuyo derredor giran algunas de las órbitas más centrales de su pensamiento de esta época.

El Monasterio de El Escorial deviene símbolo del “esfuerzo puro”, del “esfuerzo sin finalidad”. Y en él ve Ortega el compendio y la cifra de la “sustancia española”³³. Es el monumento de la voluntad, el tratado del esfuerzo, la petrificación del querer por el querer, ciego, sin concreción, sin objetivos. Dentro del horizonte del proyecto de las Meditaciones, en El Escorial ve Ortega la raíz íntima del “problema de España”. No era un problema de “voluntad”. No era su falta o su ausencia el fondo del problema español, sus desfallecimientos en la historia (piénsese en el magnífico prólogo de *La voluntad*, la espléndida novela de J. Martínez Ruiz publicada en 1902, cuando aún no era Azorín). Si acaso su sobra, su demasía. Pero tampoco. Era el dominio que había ejercido en nuestro suelo y en nuestra cultura el régimen de la voluntad. A la sombra del Monasterio, “meditando” su simbología, Ortega entiende que no basta querer. Que hay que saber querer. Y ese saber es, en primer lugar, comprensión efectiva de la realidad circunstancial, de su limitación, pues sólo desde la plena reabsorción de los límites se podrá llevar a cabo la reforma posible. Se trataba de eso: no de cualquier reforma, sino de la reforma posible. No de ideales absolutos, sino radicados. Pero ese saber capaz de guiar y de orientar la voluntad es lo que –a decir de Ortega– había faltado en España.

Es dentro del proyecto de las Meditaciones que se gesta esta órbita del pensamiento orteguiano como *crítica de la voluntad pura*. El referente inmediato contra el que se levanta es el “espíritu noventayochista”. Contra él volverá sus flechas, afiladas para la ocasión en la gran piedra de El Escorial –piedra “lósica” en su adjetivación primera, “lírica” sólo después, acaso tras completar la crítica del noventayochismo.

¿No llama la atención que la Meditación de Azorín tenga, en la primera parte de su título, una referencia a El Escorial? ¿No llama la atención que sea *una* Meditación del Escorial? ¿No llama la atención que el título de “Meditación [o

³³ J. ORTEGA Y GASSET, “Meditación del Escorial”, en II, 661-662.

Meditaciones] del Escorial” no figure entre los títulos proyectados por Ortega para su proyecto de Meditaciones? ¿O es que acaso ello fuera redundante, pues todas las Meditaciones del proyecto eran *de raíz* de El Escorial? ¿No indicaría algo de ello el plural con que aparece el término “meditación” en la serie dedicada a Azorín de 1913: “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”? ¿No sería que Ortega entendía proyectar la sombra de sus meditaciones alrededor del Monasterio sobre los distintos temas de sus Meditaciones? ¿Y no salen, acaso, estos mismos temas, de esa Meditación General de El Escorial que fue su pensamiento en estos años?

Lo cierto es que una lectura atenta de la Meditación de Azorín desvela su íntima vinculación con el horizonte del proyecto general de las Meditaciones orteguianas. Su vecindad con el prólogo “Lector...” y con la “Meditación Preliminar” de *Meditaciones del Quijote* es patente. Están escritas desde un mismo espíritu y bajo un horizonte común. Separadas –con la seguridad propia, en estos casos, de la conjetura– de poco en el tiempo, todo parece indicar que cuando Ortega redactó el prólogo “Lector...” y la “Meditación Preliminar” de *Meditaciones del Quijote* tuvo delante, o muy presente, la Meditación de Azorín. Lo probarían los desarrollos en *Meditaciones del Quijote* de algunas ideas apuntadas en esbozo en la Meditación de Azorín.

Hay, además, una referencia en la Meditación de Azorín a la “Meditación del Escorial”, rescatada, como queda dicho, en 1913 para la prensa argentina, en el contexto de publicación de la serie “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”. Se trata, precisamente, de un párrafo que sería eliminado en la incorporación textual llevada a cabo en el ensayo sobre Azorín de *El Espectador II*: “Ya tuve un día ocasión de indicar que la piedra de San Lorenzo no trata de expresar nada que no sea sí misma”. El propio texto, pues, nos ofrece su vinculación en este guiño intertextual. Esa expresión de “Ya tuve un día...” es muy significativa. Indica, por un lado, que en la fecha de esa entrega (31 de marzo de 1913), Ortega ya había rescatado el artículo de 1909, y, por otro, que lo sentía distante, lejano no sólo de tiempo, sino también, acaso, de horizonte intelectual.

En “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar” aparece ya esa idea de la “tercera dimensión” como “característica de la realidad” que después iba a desarrollar en el segundo apartado de la “Meditación Preliminar” de *Meditaciones del Quijote*. Nótese que en ambos casos la *acción meditativa* está situada en los alrededores de El Escorial. Es, en la Meditación de Azorín, el magnífico “Intermedio de las siluetas”. Su referencia a las “horas danzarinas”, convertidas ahora a la literatura y al cultivo de la comedia, bien podría parecer una indicación de pertenencia al horizonte de la “Meditación Primera” de *Meditaciones del Quijote*. ¿Un paso atrás? Acaso sólo una oscilación, un residuo en es-

te momento concreto dentro del proceso de configuración de un nuevo horizonte del que saldrían el prólogo “Lector...” y la “Meditación Preliminar”. La noche, como la comedia, ofrece una parodia de las cosas, su silueta; priva a las cosas de la “tercera dimensión”, y éstas se vacían, se deshinchas, como se deshinchas la tragedia ante el punzón de la comedia. Cambia, pues, el Monasterio, y “es ahora una superficie oscura, como un cartón recortado”. Todo él revela en la oscuridad un “perfil con deplorable jactancia”. Se transforma –dice Ortega– en el “Monasterio de la Triste Figura: perdida la gravitante energía de la materia barroqueña, tiembla sobre el cielo como un bastidor de teatro suburbano y desenvuelve su perfil en vanas gesticulaciones como tiradas de versos redundantes que recitara un actor sin ventura”.

En esta perfecta confluencia simbólica entre Don Quijote y El Escorial cifra Ortega un destino español: el Caballero de la Triste Figura es el Caballero de la Melancolía, Don Quijote tomando conciencia de la vanidad de su esfuerzo desmesurado, el que no sabe a qué conduce la magnitud de la voluntad desplegada en sus aventuras. Ortega sí lo sabía: el esfuerzo puro no lleva “a ninguna parte; mejor dicho, sólo a una: a la melancolía”³⁴. También lo sabía Cervantes. Y Ortega también sabía que Cervantes lo sabía; por eso una de las *Meditaciones del Quijote* que se le quedaron en proyecto llevaba por título, precisamente, “El alcionismo de Cervantes”. Era oponer la sonrisa irónica de Cervantes a la melancolía de Don Quijote, el heroísmo de lo cotidiano al heroísmo de la voluntad.

De las páginas de Azorín se alza –dice Ortega– un “rumor de melancolía”. Azorín, pues, como Cervantes. “Lo importante no es que el artista coincida con la realidad, sino que coincida su obra”. Ortega lo declara con decisión: “yo quisiera un arte de lo heroico donde todo fuera inventado; un arte dinámico y tumultuoso que desplazara la realidad”. Azorín, como ningún otro, ha hecho de la costumbre y de lo castizo el objeto de su arte. No hay en él “tema alguno de heroísmo”. ¿Podrá el suyo ser un arte heroico? “Heroísmo es rompimiento con la tradición, con lo habitual, con la costumbre. El héroe no tiene costumbres; su vida entera es una invención incesante...”. No hay héroes en sus libros; todo lo contrario. Es la representación literaria de una sustancia eterna que se repite incesantemente bajo la superficie cambiante de los accidentes. No hay héroes en sus páginas, pero él, Azorín, es el “poeta de la costumbre”, el “poeta de lo castizo”. Ni costumbrista ni casticista; Azorín es *poeta*. Es decir: un inventor, un creador. Él mismo acaso un héroe, en cierto modo –en tanto que artista, se entiende. Pero no es él lo que importa, sino su arte, su obra. Azorín “ha hecho de lo castizo su objeto, su materia, pero no su obra”. Su tema es el pasado (el pa-

³⁴ *ibidem*, p. 664.

sado que vuelve incesantemente, el pasado que no pasa), pero su obra no es ni “restauración histórica” ni “descripción de costumbres”. Su obra es “actual”. En ella, “no es el pasado quien finge presencia y actualidad, sino el presente quien se sorprende a sí mismo como habiendo pasado ya, como siendo sin haber sido”³⁵. Frente a la “historia heroica”, a la “antigua manera, la de “los grandes actos y los grandes hombres”, Ortega muestra su preferencia por la que llama “historia al gusto nuestro”³⁶, es decir, ese tipo de historia que ve en las eminencias “los límites, la silueta de la masa anónima que, sometida a férreas condiciones económicas y morales, avanza empujada por su corazón lento”. Y concluye esta parte recuperando el *dictum* del “Intermedio de las siluetas” que había visto confluír El Escorial y Don Quijote: “hoy pensamos que la historia heroica nos presenta una humanidad de cartón, como este Escorial, cuando la primera sombra de la noche lo prensa y lo vacía”. *Hoy pensamos*, dice Ortega; pero conviene tener presente que este pensamiento adviene en la Meditación de Azorín. Que es Azorín, su obra, quien lo suscita en la “meditación”.

No es, en la obra de Azorín, el pasado que vuelve, sino el pasado que alberga el presente. No el progreso de la historia, sino la repetición incesante de las mismas angustias, sufrimientos, pesares, dichas y alegrías. El reposo y la quietud de una sustancia invariable que parece vaciar la historia en su representación literaria. El “poeta de lo castizo”, sin embargo, y aquí reside el gran mérito de Azorín, “hace que la modernidad sea reabsorbida por el pasado de donde salió”. Esa es la indiscutible *modernidad* de Azorín. Lo que hace de él, en efecto, en el frontispicio de las *Meditaciones del Quijote* una “circunstancia nuestra”. Es decir, de Ortega y de España.

Cabría preguntarse aún si en esa representación literaria, ejemplar y portentosa, de lo vulgar y anodino que lleva a cabo Azorín, no se esconde también un incitamiento hacia la configuración orteguiana de la heroicidad de lo cotidiano. ¿Cómo no ver en ella la sombra de los *primores de lo vulgar*?

En el ensayo de *El Espectador II* Ortega añadió dos hermosos y significativos apartados: “Su musa” y “Su flor”. La musa de Azorín –dice Ortega– sería la “nostalgia”, y no habría en ello nada de sustancialmente nuevo respecto al texto de 1913. Sólo una insistencia, un abundamiento, una explicitación de una idea bien desarrollada. Tampoco añadiría nada sustancialmente nuevo la flor, que sería la violeta, pues aunque ésta, en efecto, no estaba en el texto de 1913,

³⁵ En *El Espectador II* corregirá el final de esta última frase en “como siendo *un* haber sido” (la cursiva es nuestra). Seguimos en este apartado el texto de 1913 de “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”. Este texto, como queda dicho, puede ser reconstruido a partir de las variantes del ensayo de 1917, “Azorín: primores de lo vulgar”, incluidas en la relativa sección ya citada del “Apéndice” del tomo II de las *Obras completas*.

³⁶ Cambia en “historia al gusto «moderno»”, en *El Espectador II*.

sí estaba allí recogido el núcleo de su simbología. Azorín es *el caballero de las violetas*. “Yo no sé si es la violeta la flor que prefiere Azorín, pero ello cuadraría muy bien con su inclinación sentimental, con su genio estético. La menudencia corporal, la dulce sobriedad de su aroma, [...] hacen de aquella flor un símbolo para las cosas cuyo destino es pasar desapercibidas y hacer una jornada derecha desde la nada al olvido”³⁷.

Esta imagen, de todos modos, es de 1913. Ortega la empleó, en referencia precisa a Azorín, pocos meses después de la publicación de la serie “Meditaciones del Escorial. Azorín: primores de lo vulgar”, concretamente en el discurso pronunciado en Aranjuez el 23 de noviembre, dentro de la Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín. Allí, en efecto, puede leerse cuanto sigue: “Recoja usted este aplauso que encierra el sentido más inmediato y claro de nuestro homenaje. Va dirigido a su musa, musa meditabunda, recatada, que difunde blandos aromas sin que se sepa dónde los da, y por esto, en la selva literaria, viene a representar la violeta”³⁸. ¿Y no está esta violeta oculta bajo la flor anónima que comparece en la definición del concepto de circunstancia que se encuentra en el prólogo “Lector...” de *Meditaciones del Quijote*? “Quisiéramos hacer al héroe —dice allí Ortega— una señal para que inclinara un momento su mirada hacia aquella flor encendida de pasión que se alza a sus pies”³⁹.

Sí; es un arte heroico el de Azorín. No cabe duda. Y en él lleva a cabo el héroe orteguiano su distanciamiento del culto de la voluntad y el aprendizaje de la aventura cotidiana.

También encierra, la mirada del héroe hacia la violeta, todo un tratado de ética. Como no está exenta de ella esa otra mirada que, desde la filología, atiende a la vida y desarrollo de los textos. No es el filólogo, desde luego, un “esforzado”; sabe que la voluntad no basta, que las más de las veces es cuestión de humildad y de paciencia. Su musa está en los anaqueles de las bibliotecas. Y su flor se esconde seca entre las páginas de un libro.

³⁷ J. ORTEGA Y GASSET, “Azorín: primores de lo vulgar”, en *El Espectador II*, en II, 321.

³⁸ J. ORTEGA Y GASSET, “Palabras”, en I, 640. Allí mismo, un poco más abajo, hay una referencia a las “inquietudes de 1913” cuya fecha debe ser corregida, pues se trata, en efecto, de las *inquietudes del año 55*, como se lee en el texto de la primera edición de *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín* (Madrid: Residencia de Estudiantes, 1915, p. 19). Se trata de un guiño de Ortega a Azorín, pues en el discurso que éste había preparado e impreso para la ocasión, y que Ortega conocía con anterioridad al acto, Azorín hacía referencia al año de 1835, cuando Larra se preguntaba “¿Dónde está España?”. Esa misma pregunta, con renovada *inquietud*, sería recogida por los congregados en Aranjuez.

³⁹ *ibidem*, p. 754.